

IX CERTAMEN DE NARRATIVA BREVE

MUJERES, SUJETO U OBJETO EN LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN

cmio

Centro Municipal de Información y  Orientación a la Mujer



AJUNTAMENT DE VALÈNCIA
ÀREA DE PROGRÉS HUMÀ
REGIDORIA DE BENESTAR SOCIAL I INTEGRACIÓ
SECCIÓ DE LES DONES I IGUALTAT
www.valencia.es/mujereseigualdad

PLA  

Pla Municipal per a la
Igualtat d'Oportunitats
entre Dones i Hòmens

Los medios de comunicación, ocasionalmente llamados “cuarto poder”, han sido en los últimos años auténticos catalizadores de nuestro desarrollo, un periodo que probablemente coincide con el avance de la mujer como sujeto activo en la sociedad. Por ello la relación: “mujer y medios de comunicación” merece un interés especial ya que su análisis puede explicarnos situaciones del día a día.

Hasta hace muy poco la noticia era producida y consumida por los hombres. Ajena a los asuntos económicos y políticos la mujer era un discreto destinatario con un leve interés como consumidora de materiales publicitarios y comerciales y a lo sumo de contenidos de sociedad.

El acceso de la mujer al mercado laboral y posteriormente la incorporación masiva de las mujeres a los puestos de trabajo relacionados con la información han provocado un considerable cambio a la hora de seleccionar, elaborar y presentar las noticias, pero además el tratamiento que reciben esas noticias cuando las protagonistas son mujeres requiere también una reflexión. Por todo ello desde la Concejalía de Bienestar Social e Integración del Ayuntamiento de Valencia se consideró la idoneidad de centrar en este tema las actividades celebradas en torno al Día de la Mujer.

Hemos programado actividades para abordar aspectos como la mujer en la prensa, la agencia de noticias, la radio o la televisión. Y hemos ahondado todavía más analizando la llegada de la mujer a la prensa deportiva, todo ello sin olvidarnos de reflexionar sobre cómo las mujeres son tratadas en esos mismos medios cuando son ellas las protagonistas de la noticia. Pero si hemos conseguido tratar este asunto en toda su dimensión ha sido gracias a quienes han participado en las actividades programadas y de forma especial las 103 personas participantes en este certamen de Narrativa Breve. Han sido diferentes y variadas las perspectivas. Entre todas ellas el jurado ha seleccionado quince para esta publicación que espero que disfruten y sirva para concienciar a todos de la importancia de esta relación que ha sido protagonista en los actos programados por el Ayuntamiento de Valencia en torno al Día de la Mujer durante este año 2010.

Marta Torrado de Castro
Tinent d'Alcalde
Àrea de Progrés Humà
Regidoria de Benestar Social i Integració

Título: **LA EQUIVOCACIÓN EN DIRECTO**
Pseudónimo: Capsygrani
Autor: JAVIER SERRA VALLESPIR

1^{er} premio

“Me ofrecieron quinientos euros por semana y acepté. Ése fue el principio.

Dijeron que instalarían varias cámaras en todas las habitaciones de mi casa, que el programa sería una especie de Gran Hermano centrado en la vida cotidiana de una sola familia. Mi condición de madre abandonada por su marido y a cargo de dos hijos hizo que me eligieran entre decenas de miles de candidatos y candidatas. Una situación difícil y la superación personal que conlleva atraían a la audiencia, me explicaron. No supe si tomármelo con orgullo o con resignación. Poco importaba: en aquel momento mi ex hacía un trimestre que no me pasaba la pensión de los niños y nos veíamos obligados a subsistir con mi miserable sueldo de administrativa. Para nosotros, quinientos euros a la semana era una pequeña fortuna.

Se comprometieron a respetar nuestra intimidad. Bueno, nuestra intimidad *más íntima*, por decirlo así. No habría cámaras en los baños, aunque sí micrófonos. Tampoco nos enfocarían directamente en nuestras habitaciones. Fue curioso constatar la velocidad con la que las personas nos acostumbramos a cualquier cosa.

El programa empezó a emitirse. No sólo todo lo que hacíamos en casa era observado por los espectadores, sino que siempre había un equipo de TV preparado para seguir nuestros pasos en directo cuando salíamos. Estábamos en el aire las veinticuatro horas del día, y lo único que debíamos hacer consistía en actuar con la mayor naturalidad posible, nada más. Así de fácil.

Al cabo de tan solo dos semanas ampliamos el contrato. Me informaron de que la audiencia femenina sobrepasaba cualquier expectativa y que nuestras aventuras daban mucho de qué hablar entre hombres que hasta entonces nunca se habían enganchado a este tipo de *realities*. Por lo visto, algunos querían aprender de mí, mientras que otros me utilizaban como excusa para abdicar de sus responsabilidades en sus propios hogares. Me dijeron que me estaba convirtiendo en un “fenómeno sociológico”. Yo no sabía qué significaba eso. Si quiere que le diga la verdad, lo único que me impulsó a continuar fueron los dos mil euros que me ofrecieron por semana, más de lo que yo ganaba en mi trabajo en un mes entero. A cambio, debíamos introducir en nuestro hogar publicidad encubierta: consumir determinadas marcas de comida, lucir cierta ropa, intercalar en nuestras conversaciones algún comentario aparentemente improvisado sobre la bondad de nuestros patrocinadores. Todos los gastos estaban pagados. Mi casa empezó a parecerse a la exposición de unos grandes almacenes, y yo comencé a tomarle gusto al tinglado.

Un mes después el éxito era tan completo que la cadena de TV decidió contratar a otras familias para introducir más diversidad en el programa, transformándolo en un concurso. La familia que más votos cosechara entre la audiencia al final de la temporada obtendría un suculento premio final. Ahora ya no bastaba con vivir bajo una lupa invisible, sino que debíamos competir. ¿Pero qué tipo de competición era aquella? ¿Cuál era su objetivo? ¿Ser más alegres, más encantadores, más originales, más modélicos, más... qué? ¿Televisivos? Sea como fuere, la competencia trajo consigo las recomendaciones: comprar consolas y portátiles a los críos, planificar todos los fines de semana al detalle, viajar a los destinos que nos proponían con el fin de convertirlos en una moda... Debíamos ofrecer una imagen moderna y activa para evitar nuestra eliminación. Del programa, se entiende. Una de las sugerencias fue que me pusiera en contacto con mi ex para reconciliarnos. Me lo propusieron sin

preocupación alguna por mis sentimientos o por cómo afectaría su regreso a los niños. Simplemente me aseguraron que daríamos un golpe de efecto enorme y batiríamos récords de audiencia. Mi ex era un capullo egoísta, pero aún así intenté localizarle. No tengo excusa, lo sé. El *share* era para mí la bolsa de valores de mi vida en aquellos días agotadores. Por suerte o por desgracia, no lo conseguí. Un amigo suyo me dijo que se había marchado al extranjero. Quizá no me crea, pero me sentí como si me hubiera dejado tirada por segunda vez.

El ambiente en casa se enturbió. Los niños aprendieron a desobedecerme y se encaprichaban por cualquier cosa, y yo no podía negarme a sus deseos: hacerles llorar ante millones de telespectadores nos restaría apoyo popular. Tuve que multiplicarme en casa y en su colegio, donde empezaban a tener problemas de convivencia. Sin embargo, mi omnipresencia y abnegación aumentaron nuestro porcentaje de votos, situándonos como líderes de las familias con más simpatizantes. Nuestro caché alcanzó los 5.000 euros semanales.

La gente me reconocía dondequiera que fuese. Era invitada a decenas de actos sociales. Renuncié a mi anterior trabajo y cambié mis amistades por otras más *glamourosas*. Me obsesioné con mi apariencia y mi comportamiento. Me convencí de que merecía de lo bueno lo mejor. Sin embargo, cuanto más perfecta quería ser, más imperfecta me veía. Comencé a padecer insomnio.

Prácticamente sin advertirlo, mis hijos se habían autoproclamado señores feudales de mi hogar, y yo les rendía un vasallaje inconsciente. Mis nuevas “amistades” se me pegaban como lapas y aprovechaban mi tirón para hacerse un hueco en otros programas. Cuando su popularidad se consolidaba, me dejaban de lado para criticarme desde la impunidad de los platós. Incluso mi ex me llamó para anunciarme su deseo de regresar a casa, que había cometido un error y que aún me quería. Casi le creí. Cuando le dije que me negaba a volver a verle, me confesó que alguien del programa le había inducido a montar el numerito y acabó pidiéndome dinero entre sollozos. Qué patético.

No tardé en enfermar. La audiencia se desmoronó. El estrés, las crisis de ansiedad y un cuadro depresivo no venden. Se aproximaba la eliminación. Entonces se me ocurrió la idea. Mi gran idea. Simple y efectiva. A nadie se le había ocurrido antes.

Propuse que transmitieran mi terapia en directo. Supuse que el programa no tendría dificultades en hallar un psicólogo dispuesto a relajar su código deontológico. Así, todos seguiríamos ganando dinero. Yo desnudaría mi alma y lo que hiciera falta en abierto y el morbo de los televidentes haría el resto. Los productores se mostraron primero sorprendidos por mi audacia y después entusiasmados con las posibilidades del planteamiento.

Y aquí estoy, doctor.

Le veo un poco agobiado por las cámaras y los focos. No se apure. Como ya le dije, nos acostumbramos pronto a todo. En realidad sólo necesito que me responda a una pregunta: ¿por qué tengo tantas ganas de llorar, de gritar e incluso de desaparecer, doctor? ¿En qué me he equivocado conmigo y con mis hijos, si lo único que he hecho ha sido limitarme a copiar el modelo de vida que nos venden los medios de comunicación cada día?”

Título: **MI VERDADERO NOMBRE**
Pseudónimo: Eliana Siete
Autor: RAMÓN DE AGUILAR MARTÍNEZ

2º premio

*Nadie sabe cómo fui.
No me conocen.
Por las calles, ¿quién se acuerda?*

(Rafael Alberti)

Mi verdadero nombre es Vicente Pardo, pero todos me conocen como “el amigo de la norteamericana”. Se supone que lo dicen por Gerda, pero ni ella se llama así ni es de Estados Unidos. Es alemana y quizás les extrañe que ande metida en esta guerra con nosotros y no con el bando contrario; aunque ella, la verdad, no lleva ningún arma ni va dando tiros por ahí, como las milicianas, ella sólo hace fotos. Dice que son para la prensa, para revistas de Francia. Será verdad, si no ¿a cuento de qué se iba a jugar la vida hasta perderla?

Será verdad. Sería verdad. Fue verdad... ¿Cómo decirlo después de que la haya aplastado el tanque el día antes de marcharse a París, una semana antes de cumplir los veintisiete años? Desde que empezó la batalla, y hasta que la dimos por perdida, estuvo a mi lado. Yo la protegía con mi fusil y ella me protegía con su presencia, con su sonrisa... era como tener un ángel al lado.

Cuando iniciamos la retirada me dijo que le parecía poco leal que siguiéramos vivos después de haber visto morir a tanta gente que conocíamos... No podíamos imaginar que sólo dos días después, la víspera de iniciar su regreso a París, donde ya la esperaba Andre, llevaríamos su cuerpo agonizante a un hospital de campaña en El Goloso, cerca de El Escorial. El cadáver lo recogieron dos amigos suyos, que vinieron de Madrid, Rafael y Teresa, y lo enviaron a Francia donde, según dicen los periódicos, la recibieron como una heroína.

Mi verdadero nombre es Andre Friedman y soy húngaro. Muchos piensan que soy norteamericano y que me llamo Robert Capa. Así pasará a la historia, como el famoso fotógrafo que captó el instante mismo de la muerte de un miliciano en Cerro Muriano, en la guerra de España. Una instantánea maldita para mí que, sin embargo, muchos consideran la mejor foto de guerra que jamás se ha tomado.

Pero Robert Capa fue un invento de Gerta, mi compañera. Ella se inventó ese fotógrafo de éxito del que nosotros no éramos más que sus representantes en Europa, aunque fuésemos quienes tomábamos cada uno de sus instantáneas. Más tarde inventó también una colaboradora para él, Gerda Taro, y haciendo su papel entregó la vida en la batalla de Brunete, como yo la entregaré dentro de poco en Indochina. Los dos hemos tratado de llevar a cada rincón de la tierra las imágenes más duras del tiempo que nos ha tocado vivir, las más duras y las más tiernas porque, en medio del miedo y el dolor, siempre hemos encontrado una sonrisa con la que ilustrar la esperanza. Cuando yo muera en el intento, ya no seré el primero, ella me precedió y ahora no puedo olvidarla. Ni el juego, ni las mujeres ni el alcohol son suficientes para ahogar su recuerdo.

Mi verdadero nombre es Gerta Pohorylley y nací en Alemania en 1910. Moriré en España seis días antes de cumplir los veintisiete años. Muy joven. Quizás por eso tengo que vivir intensamente, conocer el mundo y la vida para entenderlos; amarlos, los amo, aunque no los entienda. En Francia conoceré a Andre Friedman, un fotógrafo húngaro. Vamos a ser uña y carne, no sólo porque vamos a trabajar juntos, sino también porque nos vamos a amar hasta la muerte y porque, juntos, vamos a ser conocidos en todo el mundo a través de un personaje que yo voy a inventar: Robert Capa, un exitoso reportero americano que recorre los caminos de Europa haciendo reportajes sobre estos años tan duros. Él será famoso; nosotros, Andre y yo, no. Cuando me entierren en París, sobre mi lápida no aparecerá mi nombre, sino el de otro personaje inventado por mí: Gerda Taro. A ella le rendirán honores de héroe, sin darse cuenta de que en todas las guerras, en cualquier bando, abundan las heroínas porque, después de todo, sufrir todas las humillaciones, soportar todos los dolores y perdonar luego para que la paz sea posible es el papel que siempre les toca a las mujeres en todas las guerras... Sólo me diferenciaré de las demás en ser la primera corresponsal de guerra y la primera en morir desempeñando su trabajo.

Mi verdadero nombre es Rafael Alberti. Así me llaman los demás. Si lo hago yo, me llamo “marinero en tierra” o “fantasma que recorre Europa” o “poeta en la calle”... Porque poeta soy, al fin y al cabo. Mi mujer es María Teresa León. Lo digo porque a los dos nos llamaron para decimos que en el hospital inglés de El Goloso, en El Escorial, había muerto una mujer que habían llevado moribunda, aplastada por un tanque y sin más documentación que una Leica, una cámara de fotos rusa. Era Gerta Pohorylle, a la que todos conocíamos como Gerda Taro, que así era como firmaba sus fotografías... Cuando digo “todos” me refiero a María Teresa y a mí, que la habíamos conocido en Valencia, pero también a Hemingway, a Dos Passos, a Bergamín y a tantos otros que la apreciaban.

“No me satisface observar los acontecimientos desde un lugar seguro –nos dijo una vez–. Prefiero vivir las batallas como las viven los soldados. Es la única forma de comprender la situación”. Era una mujer alegre y decidida, que podía despertar la ternura en medio de un bombardeo. Creo que si algún día escribo poemas sobre los ángeles alguno de ellos tendrá que estar inspirado en esta inolvidable mujer.

Título: **LOURDES (O NO)**
Pseudónimo: Alín
Autores: VIRGINIA ZANÓN ALCAIDE
HÉCTOR GÓMEZ SANTA OLALLA

3^{er} premio

Lourdes entró en el patio de su edificio con dificultad, después de sujetar con el pie la pesada puerta mientras sostenía su bolso y su chaqueta con la mano izquierda y el teléfono móvil pegado a la oreja con la derecha. Con una sonrisa amable rechazó la ayuda de Antonio, el portero, y se dirigió directamente hacia el ascensor. “Clara, voy a meterme en el ascensor. Luego te llamo. Un beso, ciao”.

Una vez hubo metido el móvil en el bolso, tuvo que resistir la tentación de mirar la portada de la revista que asomaba entre las asas. Se había prometido no mirarla hasta que no llegara a casa, por mucho que Clara se hubiera mostrado extrañamente excitada y la hubiera llamado apremiándola para que pasara por el kiosco. Clara, su hermana pequeña, siempre había sido el nexo entre Lourdes y el mundo real, el ancla que la sujetaba cuando Lourdes se abstraía de la realidad durante meses mientras escribía sus libros. Nadie como ella la conocía y la entendía tan bien, y Lourdes también quería pensar que conocía bien a su propia hermana. Por eso le había sorprendido tanto que la llamara desde la consulta sólo para ordenarle que comprara una vulgar revista.

En cuanto cruzó la puerta de su casa, un ático en el último piso de un edificio céntrico de Valencia, se deshizo de la chaqueta y de los zapatos de tacón, y se dejó caer en el sofá masajeándose los pies. Había sido un día duro, o mejor dicho, una semana dura. Ya conocía este tipo de semanas, pero nunca había terminado de acostumbrarse, y a su edad pensaba que nunca lo haría. Para ella, lo peor de escribir un libro era la promoción. El proceso de dar vida a unos personajes y a una historia que nacía y moría en su cabeza le costaba un gran esfuerzo, pero no se podía comparar con el esfuerzo que le suponía ir a los platós de televisión, a entrevistas en la radio o a las interminables horas sentada en una silla firmando ejemplares uno tras otro. Encontraba algo impúdico en promocionar sus libros, algo que no podía explicar claramente pero que le hacía sentirse incómoda.

“Tal vez me estoy convirtiendo en una vieja maniática”, pensó. *La soledad de las hormigas*, su último libro, era ya el número siete de su carrera con su actual editorial, y como los anteriores se estaba vendiendo a un ritmo envidiable y había cosechado muy buenas críticas en el sector especializado. Muchos lo consideraban como su obra más personal, y Lourdes encontraba bastante acertada esa afirmación. Desde que era una adolescente que escribía sus pensamientos en una hoja de bloc, siempre había buscado en su interior la fuente de inspiración para sus historias. Después de eso tenía la capacidad de darles un aspecto ajeno, de distanciarse lo suficiente como para no escribir una autobiografía en cada libro. Pero siempre quedaba un poso de la propia Lourdes en sus obras, más o menos escondido, pero evidente para quien la conociera bien y supiera leer un poco entre líneas. Quizá por eso se sentía tan indefensa cuando uno de sus manuscritos abandonaba la reclusión de su estudio y se convertía en un libro de bonita portada que ocupaba un lugar privilegiado en las librerías más importantes. Era como mostrar en un escaparate una parte de sí misma. “Pero estos sacrificios vienen asociados a tu profesión, y es la que tú has elegido. Así que no te quejes”. Lourdes siempre tenía presentes estas palabras de Clara, la odontóloga pragmática que contrastaba con la escritora fantasiosa. A veces, necesitaba algunas dosis de realismo para no escaparse a las nubes en un viaje sin retorno.

Tan abstraída estaba en sus pensamientos que casi había olvidado la revista. Se giró hacia el otro extremo del sofá y la volvió a ver asomada en el bolso, como si quisiera escaparse de su cautiverio. Alargó el brazo y la cogió, colocándosela en el regazo. La había cogido por detrás, por lo que tenía ante sí la contraportada, ocupada a toda página por la foto de una modelo semidesnuda de unos veinte años que anunciaba un perfume de marca. Antes de girarla y ver la “misteriosa” portada –había hecho un gran esfuerzo por no mirarla y meterla directamente en el bolso cuando se la dio el quiosquero –decidió encenderse un cigarro, por lo que volvió a estirarse para coger el tabaco y el mechero de su bolso. Una vez encendido el pitillo, dio dos caladas profundas y expulsó el humo hacia el techo de su ático. Diez segundos después ya se sentía preparada para lo que iba a ver.

Lo primero que sintió Lourdes al ver la portada de la revista fue una indescriptible sensación de extrañeza. Esa sensación que tenemos cuando nos cruzamos por la calle con una persona que estamos seguros de haber visto alguna vez pero no conseguimos ubicar ni el cuándo ni el dónde. Por eso, el cerebro de Lourdes tardó algunas décimas de segundo más de lo habitual en reconocer a la figura de la portada. En un primerísimo plano se veía una mujer de mediana edad, cuidadosamente peinada con una melena de color castaño claro que llegaba hasta los hombros y que dejaba ver algunas mechas rubias. Lucía una enorme y brillante sonrisa, con unos dientes perfectamente alineados de una blancura casi irreal. Los ojos, de un azul intenso, expresaban inteligencia y gusto por la buena vida, como esas personas que saben siempre lo que hay que elegir en cada momento y nunca dejan de estar a la altura de las circunstancias. Su nariz describía una graciosa curva en su parte inferior, dejando entrever una punta respingona que destacaba aún cuando la foto estaba tomada de frente y no de perfil. La imagen era, en definitiva, la de una mujer joven con aspecto de mayor, o la de una mujer mayor con cara de joven.

Lourdes notó claramente un pequeño, casi imperceptible, escalofrío cuando reconoció que la mujer de la fotografía era ella misma. Pero no ella ahora, ni hace tres semanas –recordó la sesión de fotos para aquella revista, y se recordó a sí misma posando ante una cámara de la forma más natural, muy lejos de lo que tenía delante ahora-, ni siquiera era ella hace veinte años como podía sugerir la tersura de su rostro. Era ella pero no era ella, era una Lourdes irreal, sacada de un tiempo imaginario, mostrada con unos rasgos y unos colores que le eran impropios. Una Lourdes que nunca existió más que mediante el milagro de un programa de retoque de imágenes y mediante el criterio incomprensible de un director de revista que al parecer quería negar el paso del tiempo incluso en las personas a las que hacía mucho tiempo que había dejado de importarles.

Necesitó poner en orden sus pensamientos, y lanzó otra larga calada hacia la lámpara del salón. Con un movimiento decidido, cogió su teléfono móvil y empezó a escribirle un mensaje a su hermana Clara:

-Ni siquiera recuerdo haberme maquillado ese día...

Título: TÚ Y LAS DEMÁS
Pseudónimo: Fátima Montes
Autor: DANIEL BLANCO PARRA

Ves la televisión todos los días y no encuentras ni una sola mujer que se parezca a ti. Ni una sola. Piensas durante unos segundos. Repasas las series que ponen por las noches, los telediarios del almuerzo y de la cena y los concursos de la tarde. Se te vienen a la cabeza las cantantes que te gustan, algunos anuncios de champús, yogures y cremas, y esa actriz que hace las películas que tanto te divierten. Meneas la cabeza: no, definitivamente no aparece en la televisión ni una sola mujer que te recuerde a ti. ¡Ni una sola! Abres los ojos hasta ponerlos redondos. Has tenido una idea: hablas de una telenovela a la que te enganchaste hace unos años y que contaba la historia –¡casi 300 capítulos!- de una mujer fea, feísima, que intentaba no deprimirse en un mundo de burlas y desplantes. Pobrecilla. Todos se reían de ella, aunque era inteligente, bonachona y generosa. Aún la recuerdas: tenía unas gafas negras de pasta y un flequillo engominado, una ortodoncia de metal, una risa histriónica y un poco de bigote que se le extendía sobre los labios como un techo oscuro. Además, era torpe y patosa y vestía ropas raras. Se enamoró del guapo (guapísimo) de la serie y todos pensaron que jamás lo conseguiría. Ella no se rindió y, al final, lo conquistó. Sí, fue feliz, porque se casó con el galán y le dio un escarmiento a todos los que se habían burlado de ella y de su apariencia. Ahora que lo piensas, ella tampoco se parecía a ti porque se volvió guapa de la noche a la mañana. No te quedó claro si la felicidad le trajo la belleza o fue la belleza la que le provocó la felicidad. ¡Esas cosas sólo pasan en las telenovelas! Y suspiras.

Ves la televisión, como todos los días, y decides hacer una lista de las mujeres que jamás saldrán en la pequeña pantalla. Te levantas, coges el bolígrafo y la libreta roja que siempre llevas en el bolso. Empiezas: las gordas, las feas, las que tienen granos o son bajitas, las que fracasan o no tienen dinero, las que están tristes o se encierran dos años para estudiar unas oposiciones, las que pasan la noche en vela cuidando a un hijo con fiebre o las que rezan antes de acostarse pidiéndole a Dios que les arregle la vida. Te paras un momento. Miras al techo. Sigues pensando. Escribes con tu letra redonda: las que no llegan a fin de mes o tienen que levantarse a las seis de la mañana para trabajar, las que limpian escaleras o ponen lavadoras, las que se despistan y se les quema la comida, las que no duermen la siesta porque tienen que fregar los platos y recoger la cocina, las que lloran a veces, las que esperan a sus maridos asomadas a la ventana. Tampoco salen las que tienen problemas o las que se pasan el día cuidando de sus hijos o quizás de sus nietos, las que no han tenido la oportunidad de ir a la escuela y aprender a leer o las que heredan la ropa de una vecina rica. Repasas la lista: has escrito veintidós tipos de mujeres. “Mamá, ¿qué haces?”, te pregunta tu hija, extrañada. “Nada, nada”, respondes tú con una sonrisa de madre. “¿Apuntas cosas?”, insiste ella. “Sí, para que no se me olviden, pero anda, no te entretengas y sigue haciendo los deberes”, le dices tú. Ella no te contesta, pero te enseña el libro de matemáticas y su cuaderno lleno de números.

Ves la televisión, pero cambias de canal –pasas, pasas, pasas–. Éste no, éste tampoco. No, no quieres ver un reportaje sobre animales en África. De repente, en un plató, dos mujeres se gritan, se señalan con el dedo, se amenazan y se siguen gritando hasta que una de ellas empieza a llorar. Te has quedado embobada en la pelea. ¡Es que se han dicho unas cosas! Los últimos tres minutos se te han ido presenciando una batalla televisiva en la que dos mujeres se perdían el respeto a voces. Le quitas el volumen a la televisión. Sin sonido, parecen aún más agresivas: gesticulan, abren mucho la boca, se apuntan con el dedo. Sientes pena por ellas, sobre todo por la que llora, y por ti, que lo has visto y te da pena. “Mamá, ¿por qué le quitas la voz a la televisión?”, te pregunta tu hija,

que levanta los ojos de sus deberes. “Porque gritan mucho y no me gusta la gente que grita”, respondes tú. “¿Y por qué se pelean?”. “No lo sé”. Sí lo sabes, pero no se lo dices. Cambias de canal, así podrás zanjar esta conversación con tu hija. Hay cosas que un niño no tiene que saber. “Venga, no te desconcentres. Vuelve a los deberes”, le dices con ese tono de madre. Sigues haciendo zapping. Pasas un canal, otro, otro, otro. De repente, te interesa algo. Una presentadora habla sobre el divorcio de alguien. “¿Quién será?”, te preguntas. Le das un poco más de voz a la televisión. Descansas la espalda en el sofá. Sí, una mujer famosa ha pedido el divorcio y le reclama no sé cuántos millones de euros a su ex marido, también famoso. “¿Qué barbaridad!”, dices tú por lo bajini. “¿Qué te pasa, mamá?”, te pregunta tu hija, que está siempre atenta a todo, que jamás se le escapa nada. “Nada, hija, nada. Hazme el favor y préstale atención a las matemáticas, que aprovechas lo mínimo para desconcentrarte”, le regañas de mentirijillas. Vuelves a cambiar de canal. Uno, otro, otro. Una niña – no mucho mayor que tu hija – canta sobre un escenario. Baila, da saltos, mueve el pelo y sonríe. Usa ropas brillantes y le guiña un ojo a la cámara. “¡Déjalo ahí, déjalo ahí!!”, grita de repente tu hija, alegre, pletórica, aguantándose los nervios. Se ha levantado de la silla y se coloca entre la televisión y tú. Tararea la canción en inglés. Se la sabe entera. Y baila y hace los mismos gestos que la niña cantante. “Me encanta. ¿A que es guapísima, mamá?”, te pregunta ella con la emoción en los ojos y esperando una respuesta afirmativa. “Sí, sí, es muy guapa”, dices tú sin estar muy convencida. “Guapísima”, te corrige tu hija parándose mucho en la s. “¿Y quién es?”, le preguntas tú queriendo compartir su euforia. “Mami, ¿no la conoces? Es la mejor. En el instituto se ríen de ella pero no saben que canta... Y está enamorada del que toca la... De ése, de ése”, dice señalando a la televisión y mirándote. “Quiero ser como ella”, suspira tu hija y sigue berreando la canción con los ojos casi cerrados. Se pone las manos en la cadera, igual que hace la niña cantante. Tú no sabes (nunca has sabido) controlar tus impulsos y coges el mando y apagas la televisión. “Mamá, ¿por qué la apagas? ¡La estaba escuchando!”. “Porque si no, no terminas los deberes y además, tienes que estudiar para el examen de mañana”. “Jo – se queja tu hija, que vuelve a su sitio con los hombros caídos –, no quiero estudiar tanto”.

Y te quedas allí, sentada, observando a tu hija, que resopla ante el cuaderno y los problemas de matemáticas. Miras la televisión, ahora oscura, como un agujero negro que es capaz de tragárselo todo. Todo. Te ves reflejada en la pantalla apagada y te recuerdas a un fantasma. No sabes por qué, pero estás preocupada. Coges el bolígrafo, abres la libreta roja y añades una última línea a la lista que estabas haciendo. Escribes en letra mayúscula: YO. Tú tampoco saldrás nunca en la pequeña pantalla. Quizás no tienes la sonrisa blanca y deslumbrante, la simpatía necesaria o el cuerpo perfecto. Te da igual. Ninguna de las mujeres que aparece en la televisión se parece a ti. Ninguna. ¡Claro! Eres única, eres real. E incluso, feliz. Miras a tu hija, que ahora sonríe mientras hace los deberes porque sigue imaginando que es una niña cantante que sale por televisión. Y tú vuelves a suspirar.

Título: OJOS APAGADOS
Pseudónimo: Doskiwis
Autora: IRENE CALVACHE ALCANTARILLA

Oscuridad. Sombra y tinieblas. Negrura es cuanto me rodea. Por el intenso murmullo de las voces adivino cientos de personas sentadas alrededor de las mesas que ocupan el gran salón de celebraciones donde, hace apenas una hora, se ha dado por finalizada la cena para comenzar con los actos propios de la ceremonia de entrega de los premios FLORESTA correspondientes al pasado año 2009 y que han sido concedidos a los mejores profesionales de los medios de comunicación. Imagino bellas prendas de raso y seda con encajes vistiendo los delicados cuerpos de las mujeres con atrevidos toques de color alegrando la estancia mientras ostentosas y titilantes joyas las adornan. Y ellos... Deben estar muy distinguidos con sus trajes de chaqueta y sus corbatas, incluso es posible que algunos luzcan una elegante pajarita. Mis dedos recorren lentamente la ropa que me cubre, palpan el blando tejido que se arruga entre ellos e imperceptiblemente lo alisan sacudiendo pequeñas motas inexistentes de polvo. Los penetrantes perfumes invaden mi nariz identificando notas florales de jazmín y azahar junto a olores amaderados o toques de vainilla y almizcle.

En determinadas carcajadas me parece reconocer de nuevo las crueles burlas de mis compañeros de escuela. ¡De qué forma tan terriblemente malévolas pueden actuar a veces los niños! Su mayor diversión consistía en quitarme las cosas, esconderme el almuerzo o el bastón y ponerme la zancadilla con el fin de hacerme caer y luego entre risas llamarme torpe y subnormal. Me llevo las manos a los oídos para aislarlos de esa infancia feroz que pretende asomarse en esta mágica noche. Al principio no entendí porqué debía cambiar de colegio, en el mío todos los estudiantes eran como yo y podíamos compartir confidencias pero con el tiempo me fui dando cuenta de que este centro me proporcionaba herramientas para aprender a ser autosuficiente y enfrentarme sola a la compleja vida que tenía por delante.

Aplauden. Están aplaudiendo otra vez pero yo soy incapaz de concentrarme. Mi atención está dispersa. No sé porqué motivo en este momento se recrean en mi mente los platos y vasos que rompía fregando o colocándolos en la escurridera. Y las veces que salía de mi habitación con las prendas puestas del revés hasta que aprendí a vestirme correctamente. Y a peinarme. Y a maquillarme. A tientas busco la mano de mi madre que sé próxima para asirla con fuerza, para anclarme a ese poste de firmeza. Jamás se dio por vencida ni dejó de luchar conmigo y por mí. Jamás me concedió una tregua ni se la concedió a sí misma. Él siempre nos consideró a ambas como seres inferiores, a mí por lo que él llamaba un estigma que nunca aceptó y a ella por traerme al mundo, hasta el día en que se hartó y decidió marcharse. Ahora me llama alguna vez por teléfono arrepentido pero yo, aunque hace tiempo que le perdoné, le llamo Tomás porque no puedo llamarle padre.

Desde que tengo uso de razón recuerdo que me cautivaba la comunicación quizá por las dificultades que he tenido para entrar en contacto con los demás y por eso decidí estudiar periodismo animada por mi madre que gusta de coserme alas a todo cuanto emprendo. Una vez licenciada mi siguiente meta era trabajar, pero no de cualquier cosa, no. Yo quería trabajar en televisión así que ni corta ni perezosa me presenté en varias cadenas. ¡Ahhhh, que maravillosos recuerdos!, en aquel tiempo hubiera pagado por ver sus caras al darse cuenta de mis circunstancias al tiempo que yo, con todo mi descaro, les estaba solicitando un puesto para ponerme frente a las cámaras y contarle al mundo las noticias. Con suavidad una mano me saca el dedo de la boca. Me dicen que coloco el dedo índice de la mano derecha en posición horizontal entre mis dos hileras de dientes cuando estoy concentrada pensando en algo, exactamente igual que hace mi madre y nunca la he visto hacerlo por lo que es imposible que imite sus gestos.

- Cariño – me susurra mi marido – ha llegado el momento

Siento como mi cuerpo se tensa en la butaca y mis oídos escuchan todas y cada una de las palabras que alguien está diciendo sobre el escenario. Sé que cualquiera de los aspirantes es tan merecedor de esta recompensa como yo, pero no quisiera tan solo rozar el cielo con la yema de mis dedos, anhelo abarcarlo con mis manos para regalárselo a ellos que han luchado a mi lado: mi hija, mi marido y sobre todo ella, mi madre.

- Sí, señoras y señores, hemos querido que el último galardón de la noche fuera el más especial. Hemos reservado este momento como broche de oro a esta magnífica velada. Vamos a proceder a la entrega del premio FLORESTA otorgado a “la mejor trayectoria profesional en los medios de comunicación”. De entre todos los candidatos el jurado ha seleccionado por unanimidad a su favorito. La elegida ..., sí señores sí, pueden cerrar la boca, es una mujer. Como les decía se trata de una MUJER, con mayúsculas, que nunca se ha arredrado ante las dificultades y que ha peleado contra viento y marea hasta lograr lo nunca visto, hasta conseguir su sueño. Vivimos en una sociedad eminentemente visual pero ella jamás ha contemplado el mundo que la rodea Ciega desde la cuna nos ha demostrado con su ejemplo que imagen y ceguera son compatibles. Es posible comunicar sin ver porque para contar las noticias no intervienen los ojos y el único que debe mirar las imágenes es el espectador. Sólo ella sabe las trabas físicas y laborales a las que ha tenido que enfrentarse para llegar hasta aquí. Pero ha valido la pena. Esta es su noche. Este es su momento. Es para mí un orgullo hacer entrega del clavel de plata a la presentadora invidente de informativos de televisión de la cadena autonómica Sendra, NEUS GALAN.

La ovación inunda la sala. Noto la presión de los dedos de mi madre en el brazo, la dulce caricia de mi marido y en la mejilla el cálido beso de mi hija. Alargo la mano izquierda para coger el asa de Lluna, me levanto de mi asiento y comienzo a caminar eludiendo todos los obstáculos ayudada por mi inseparable perro guía.

De pie ante el atril con el corazón y el anular recorro mi recién obtenido trofeo acariciándolo lentamente, grabando en mi memoria cada una de sus muescas. El público espera en silencio mi discurso mientras las lágrimas ruedan por mis mejillas.

- Ser ciega nunca ha significado para mí vivir en una mazmorra porque yo soy capaz de ver las imágenes que creo en mi mente. Nadie puede ponerme limitaciones, ni a mí ni a mis sueños, si me las he quitado yo antes. No sé que aspecto tengo, bueno si lo sé porque me lo han dicho, lo que quiero decir es que nunca me he visto a mí misma, de igual modo que no puedo verles a todos ustedes pero si puedo decirles que esta noche he visto el color de la felicidad.

Título: MUJERES QUE PLANEAN
Pseudónimo: Llumeta
Autora: MARÍA CAZORLA DURBÁN

Confieso que no soy lechuza, tampoco gaviota y menos halcón. Escucho, advierto y leo que del reino animal, nosotras somos las amas del cielo. Que en la tierra otros son los que reinan y, quizá por miedo, han relegado a las alturas los dominios de las hembras.

La mujer lechuza tiene la cabeza casi más grande que el propio cuerpo. Las plumas de sus alas amortiguan el aire de manera que, cuando vuela, no emite ningún ruido y nadie se entera. Es carnívora, de visión incisiva y buen oído. Antepone la vida nocturna a la diurna. La podemos escuchar en tertulias concienzudas batiéndose en duelo con los machos, que no soportan a una hembra cuando se trata de hablar de política o deportes bien pagados. Por el día nadie la ve y no porque no salga, simplemente no es agradable a la vista con esa cabeza tan grande, esa mirada intensa y su andar sigiloso. Se pierde en la tierra y sólo es capaz de hacerse notar en el cielo, a través de las ondas, si uno es capaz de sintonizar una buena emisora en la que sea la lechuza quien dirija el coloquio.

La mujer gaviota grita, gime y alardea de un plumaje monocromo. Tiene pico robusto que utiliza no sólo para el graznido, sino para descuartizar a sujetos que se convierten en alimento. Es mujer inteligente, con complejos métodos de comunicación y una estructura social muy desarrollada. La podemos encontrar ante las cámaras, en programas del corazón, disfrazada de periodista sin haber pasado por la universidad. Cuenta historias de otros, de otras, y se jacta de coleccionar hombres, mientras otras, las lechuzas, prefieren no opinar sobre la condición de mujer gaviota, por miedo a evidenciar lo que muchos hemos advertido: ha llegado a convertirse en una auténtica plaga, acabando con la presencia de otras mujeres pájaro incluso con el equilibrio de muchas cadenas televisivas.

La mujer halcón, alcanza su madurez sexual muy pronto y se empareja de por vida. Anida en pequeñas oquedades del suelo sin aportar ningún material. Su cabeza es negra y cuenta con una amplia y característica bigotera también de color negro. Puede volar a velocidad de crucero, sobre todo cuando caza, dicen de ella que es el animal más rápido del mundo. Suele frecuentar círculos sociales reducidos y se dedica a menesteres propios de su condición, pero guarda su tiempo para los medios de comunicación escritos. Su imagen jamás pende de la columna que redacta diariamente, pues podría causar increíbles daños en la venta de boletines.

Lechuzas, gaviotas y halcones ocupan un lugar relevante en nuestros medios de comunicación, unas por sus habilidades en el planeo nocturno, otras por sus gritos y apariencia, y las terceras por su rapidez en el vuelo.

Ser mujer pájaro es toda una elección que llega al cumplir la mayoría de edad. Existen toda una serie de ritos iniciáticos para conseguirlo, arduas pruebas que superar. Para algunas mujeres pájaro hay que olvidar las herencias de ancestros, el sexo del que están hechas y la condición femenina de su cuerpo. Es el caso de la mujer lechuza, que ha de esconder sus pechos tras un corsé lo suficientemente ceñido como para poder extraer una voz profunda desde la boca del estómago; hacer ejercicios todos los días durante cinco años con sus cuerdas vocales y dejar crecer su cabeza hasta que ésta pese más que su propio cuerpo. Toda una elección. La mujer gaviota, por contra, ha de dejar crecer sus senos, someterse a reiterados estiramientos, no de la mano de la monitora de pilates, sino con instrumentales médicos que prometen juventud en gaviotas que rozan ya los cincuenta. Ha de afilar su pico todos los días, comer carroña desde joven y mostrar la mejor de sus sonrisas cada vez que tuerce el pico con el fin de lanzar su grito de guerra. Toda una elección. Las disciplinas de la mujer halcón, difieren de las subespecies anteriores, puesto que ha de aleccionarse en la crianza, en el orden hogareño y ocultarse bajo un descuidado bigote que se empequeñece por la contundencia de las gafas de pasta que enmarcan sus ojos. Se entrena cada día cuidando de los suyos y camuflando su inteligencia bajo trajes desaliñados que ocultan su cuerpo femenino maltratado por la masculinidad de sus atuendos. Toda una elección.

Mi abuela, miembro honorífico de la Sociedad Española de Ornitología, siempre tenía un dicho para cada situación, decía de la mujer lechuza: *Gallo que no canta, algo tiene en la garganta. Para presumir hay que sufrir*, refiriéndose a las gaviotas y *Si quieres buena fama, no te dé el sol en la cama*, dictaba para la mujer halcón. Nadie como ella ponía la palabra adecuada en el lugar correcto. *Son apelativos, recuerda. Toda mujer pájaro esconde en su interior una realidad: ha tenido que inventarse alas para poder diferenciarse en un mundo repleto de pies que no andan: aplastan. Tu deberás elegir la especie por la que quieres que te llamen, pero recuerda que será tu disfraz de pájaro para que ni el más astuto de los gatos pueda rozarte y convertirte en juguete con el que pasar el tiempo.*

Confieso que no soy lechuza, tampoco gaviota y menos halcón. Ya me han crecido las alas, pero he tenido que ser gusano hasta que me vean como una crisálida. Mi función aún no está escrita. No he seguido ninguna liturgia que me inicie y tampoco he escondido mis cualidades. Pero mis quehaceres son y serán siempre comunicar para que todo vuelva, como el aire que salpica el movimiento de mis alas. No sé si soy causa o efecto, si soy sujeto u objeto, pero entre lechuzas, gaviotas y halcones estoy empezando a reconocer a iguales que han elegido como yo, comunicar para ser.

Título: CALIDAD DE VIDA ES OTRA COSA
Pseudónimo: Tusitala
Autora: ROCÍO DÍAZ GÓMEZ

Sabía que me iba a quedar sin trabajo. Lo sabía. Y después de haber luchado tanto, no es que no me importara, me importaba y mucho. Sin embargo, lo había pensado muy bien. Ya no había vuelta atrás. Pero haría una despedida sonada. Por la puerta grande.

Mi madre no acababa de entenderlo: “Pero hija... después de haber estudiado tanto, después de haberte preparado tan bien...” “Pues por eso mismo mamá, por eso mismo...” “Pero no hay ningún trabajo perfecto ¿no das cuenta?” “Ya lo sé ¿Te crees que no lo sé? Pero una cosa es que no sea un trabajo perfecto y otra sentirme así de mal...” “Pero hija piénsatelo, que es un sueldazo...” “Mamá ¿Y es más importante el sueldo que yo?” “No hija no ¡Qué cosas dices...! Pero es una pena...” “Lo que es una pena es este abismo que tengo dentro, día a día, cuando me veo ahí delante pensando qué estarán diciendo de mí...” “¿Pero y qué te importa lo que piensen de ti? lo que te tiene que importar es tu nómina que para eso has estudiado tanto, eso es lo que te tiene que importar, tu nómina, tu hipoteca, tu calidad de vida...” “Que no mamá, que no, que calidad de vida es otra cosa...” “Pero hija... razona, razona un poco, y además qué necesidad tienes de montar ese número...” “Pues ahí sí que te doy la razón, es verdad, no tengo ninguna necesidad, pero fíjate tú por donde, que eso sí que me va a dar calidad de vida, eso sí y no mi sueldo...”

En cambio mi tía, tras escuchar mi proposición, se esponjó de ilusión: “Ay niña ¿No me digas que voy a salir por la tele?” “Sí tía, sí, y un buen rato si todo sale bien...” “Es que no me lo puedo creer pero ¿Por qué yo?” “¿Y por qué no?” “No sé, hija, a ver si te voy a meter en un lío...” “No tía, no, lo que vas a hacer es sacarme de un lío, de un buen lío... eso es lo que vas a hacer”. “Pues hija yo encantada, ya sabes que yo por tí... ¡Lucero! La sobrina más guapa del mundo tengo yo, la más guapa” “No me digas eso...” “¡Ay vida! perdona...” “Bueno, entonces ya sabes lo que hemos hablado, tú vas como quieras, por supuesto que no hace falta que te tiñas el pelo, si tú nunca vas así, con tu pelo blanco brillante y bien peinado, y tu sonrisa, es más que suficiente, bien guapa”. “Pues yo vida por hacerte un favor...” “Y si quieres te puedes llevar a alguna amiga...” “Pues fenomenal, me llevo a mis amigas, no te preocupes que mal no te vamos a dejar, divinamente lo vamos a hacer, ya verás...”

Sabía que la noche anterior a mi despedida laboral sería triste. Porque era cierto, yo lo había decidido. Y nada me haría cambiar de opinión. Pero eso no borraba ese sentimiento de derrota que no podía evitar que fuera creciéndome por dentro, ese liquen húmedo que terminaba por aguarme los ojos. Sabía que tenía que desterrar esa sensación amarga de impotencia de dentro de mí. Maldita sea, yo no me había preparado tanto para eso. No quería ese tipo de comentarios. Tantas horas de estudio y trabajo. ¿Por qué me devolvían esas opiniones? ¿Eso les inspiraba mi trabajo? ¿Solo eso?

Sin querer, iba repasando los últimos tiempos en mi memoria. La alegría y la satisfacción interna, la esperanza e ilusión que había nacido dentro de mí: “Irene González, periodista y reportera desde hace tiempo de esta cadena, es el nuevo fichaje para la emisión del mediodía del informativo, la nueva presentadora para las noticias de las 14.30. Se refuerza un equipo de primera línea, con la incorporación de esta profesional seria y segura ante las cámaras, la mejor opción en consonancia con el público cada vez más exigente que tenemos. Irene González, por méritos propios, pasa a formar parte de los profesionales rigurosos de los Informativos de esta cadena...” De este modo se había expresado el Director General de Informativos el día de mi incorporación. No podía evitar sonreírme al releer la noticia, me sentía tan orgullosa de haber llegado ahí. Pero después aquellos comentarios habían ido goteando el blog de la televisión y mi ánimo: “Es guapísima. Dios que cara. Preciosa... Buenísima. Así da gusto informarse” José 27 de enero de 2006 21.51. “Yo nunca miro las noticias, pero desde que he descubierto a este monumento, tengo una cita diaria con ella a la que no faltó nunca. Guapísima, excitante, qué cara y qué escote...” El duende de los informativos 12 de febrero de 2006 16.30. ¿Eso era un público exigente? Sí me costó mucho dormir la noche anterior a mi despedida. Vivía un duelo íntimo y privado.

Nueva modalidad de golpe de estado en unos informativos. La cadena de televisión considera inadmisibile la protesta y pide perdón a su público. La bella y popular periodista y reportera Irene González encabezó ayer una protesta muy peculiar en los informativos que presentaba. En vez de ser ella quién salió en pantalla, aparecieron tres señoras de más de 65 años que nunca habían actuado en televisión ni mucho menos presentado las noticias. Las damas con su pelo canoso y sin apenas maquillaje modificaron, con esta natural e improvisada aparición, la imagen de una bella, joven y arreglada presentadora de informativos a la que nos tienen acostumbradas las televisiones. Sin embargo esta nueva y peculiar forma de dar las noticias, tan amena, distendida y natural terminó con el aplauso de todos cuantos estaban en el plató que no pudieron por menos que rendirse ante el desparpajo de las damas. La periodista y reportera Irene González presentó después su dimisión con una carta dirigida a la cadena donde manifestaba que lo había decidido tras una profunda reflexión sobre la forma que ella consideraba más digna de continuar su carrera profesional.

Sabía que aquella despedida traería consecuencias en mi carrera. Pero yo era fuerte y estaba bien preparada. Lo que se dijera al día siguiente en el blog ya no era mi problema. Respiré hondo y disfruté de esa sensación reciente de alivio en mi interior.

Título: UNA BANDA PER A ANNA
Pseudónimo: Flama
Autora: SUSANA GISBERT GRIFO

Des de sempre, jo havia volgut ser Anna. Però, malauradament, per més que m'esforçara, jo no era Anna ni mai ho seria. Encara pitjor: jo era la germana d'Anna. I això havia marcat la meua vida.

El meu primer record de l'escola va ser el dia en què jo, que esperava ansiosa que m'anomenaren entre les guanyadores de la desitjada banda roja que donaven les mongetes a l'alumna més destacada, vaig haver d'engolir-me les llàgrimes en veure que era la meua germana la que s'emportava aquell guardó. Tot i que han passat més de vint-i-cinc anys des d'aleshores, jo encara tinc malsons en els quals assassina Anna per tal d'endur-me la banda roja.

No obstant això, aquella banda de color vermell va ser només la primera de totes les que vindrien després i que, secretament, sempre he envejat. Anna, sols onze mesos més jove que jo, era bonica, potser massa bonica, amb grandíssims ulls blaus i galtes rosades, i no hi havia cap persona que aconseguira fugir del seu encís quan somreia. I somreia tan freqüentment...

Anna i jo, és clar, estudiàvem a la mateixa escola i molt prompte vaig haver d'acostumar-me als èxits de la meua germana. Quan només teníem vuit anys, Anna va ser elegida com a fallera major del col·legi, cosa que era molt important en aquell temps de la nostra infantesa i en aquell barri de la nostra València on vivíem. I una altra vegada ella va gaudir d'una banda brillant, d'una banda de guanyadora, d'una banda que a mi m'hauria fet feliç.

I així, com que de seguida va estar prou claret quina posició ocupariem sempre la meua germana i jo, el meus pares van fer-me un regal que canviaria la meua vida: una màquina de fer fotografies. Així —em digueren— tu també seràs protagonista, perquè ets l'encarregada de fotografiar Anna en els seus actes. I, de cop, vaig esdevenir fotògrafa oficial de la família i, com no, d'Anna.

No va haver de passar molt de temps perquè jo tornara a exercir el meu càrrec de fotògrafa ni perquè la meua germana tornara a lluir amb una banda al pit. Esta vegada va ser al poble on estiuejàvem, quan el regidor mateix va pregar els meus pares perquè Anna fóra la reina de les festes. I, és clar, Anna va ser la reina del poble, preciosa una altra vegada amb la seua banda i, una vegada més, amb la seua germana darrere, encarregada de fer les fotografies.

Després, el temps va anar passant i, a poc a poc, Anna i jo ens féiem majors. Però, tot continuava igual. Jo estudiava molt, Anna estudiava menys i, fins i tot, les dos aprovàvem, encara que jo amb brillantesa i Anna ho feia a empentes i redolons. I ningú s'adonava de la diferència o, almenys, això era el que jo pensava.

Així les coses, vàrem arribar a l'últim any d'institut, i havíem de triar els estudis per a l'endemà. Jo ho tenia clar, aquells anys fent de testimoni dels fets de la meua germana m'havien donat la idea del que volia fer: periodisme. Anna no sabia res del que volia ni volia saber-ho. Sols desitjava, segons les seues paraules, gaudir d'aquell últim estiu d'infantesa, malgrat que els nostres cossos —especialment el d'ella— deien que la infantesa ja feia temps que s'havia acabat. I un bon dia va aparèixer a casa amb la convocàtoria d'un concurs: Anna volia presentar-se a "miss".

Això va causar una commoció en la meua família. Ma mare sols feia un somriure i deia que ja li passaria però, mon pare, que no era home de moltes paraules, li va dir, enfurismat, que ninguna filla seua es sotmetria a una humiliació com eixa. Anna, després de tractar de convèncer-lo amb el seu famós somriure encisador, va haver

de provar amb crits, llàgrimes, promeses i tot tipus de maniobres. Finalment, ma mare el va aconseguir convèncer amb la raó: sols era un certamen d'una discoteca; segurament no guanyaria i si ho feia, n'hauria de passar un altre, el del poble, i després el de la ciutat. Així que probablement allò no seria més que una cosa de xiquetes que acabaria prompte. Ella s'estavellaria i nosaltres continuariem tranquils amb la nostra vida. I jo, de nou, vaig agafar els meus útils de fotògrafa preparada per a tot. Jo, pel contrari que ma mare, ja sabia que Anna arribaria a la fi i encara més...

No m'enganyava. Anna va guanyar la banda de "miss" de l'establiment i, després, la del poble, i a més a més la de la ciutat. Jo feia fotografies i, d'amagat, agafava les bandes de guanyadora de la meua germana i me mirava a l'espill assajant somriures per a una càmera que no mai m'enfocaria. Va ser per aquell temps quan vaig aconseguir el primer treball como a reportera, en un magazin local, i encara sospite que la meua relació familiar amb Anna va tindre molt a veure amb la meua faena. Com no, vaig ser jo la que va fer el reportatge de la meua germana com a nova i flamejant "miss València" darrere, una vegada més de l'encisador somriure d'Anna.

De bon punt, les nostres vides es varen separar bastant. Anna, que finalment no va arribar més enllà de ser una de les dames d'honor de Miss Espanya, va començar una carrera fulminant en els mitjans de comunicació on, encara amb la seua banda de dama d'honor ficada, la contractaren per a fer entrevistes en un programa de televisió. De nou, l'enveja va apoderar-se de mi, que veia com la meua germana m'avançava una vegada més, fins i tot, en aquella professió que jo havia triat i per a la qual m'havia preparat treballant de valent.

No ho feia gens malament, allò de les entrevistes. Jo veia Anna en la televisió, amb aquelles faldetes curtes; la seua cara preciosa, i el seu meravellós somriure, cridant els famosos amb coses simpàtiques i entretingudes, i de veritat, encara que em coste reconèixer-ho, ho feia bé de debò.

No obstant això, i malgrat que la xica s'esforçava, el seu programa no va romandre molt de temps en antena i, per suposat, tampoc va romandre la seua popularitat, que llavors era molta. I Anna, per primera vegada a la seua vida, va trobar-se abandonada.

A partir d'eixe moment la vida de la meua germana va esdevenir un caos. Ella, que estava acostumada a anar-se'n a totes les festes on hi haguera famosos, que era sempre el centre d'atenció i que havia de lluitar per llevar-se la gent de damunt, va veure's de sobte pregant per una invitació, per una fotografia. Però, la gent, més roïna que la seua germana, ja no li'n feia.

Fins i tot, Anna va tractar de recuperar la seua popularitat perduda i va anar-se'n com a convidada a un reality show, encara que el seu "caché" ja sols era el d'una convidada de quarta fila. La seua estrella, però, se n'havia anat per sempre i només va aconseguir un parell de reportatges sense importància. I, a poc a poc, va endinsar-se en una espiral de difícil eixida.

Hui, Anna ha tornat a ser notícia, però jo no he pogut fer la foto. Hui, per una vegada, és la meua imatge la que ix als diaris. I al meu costat, una nova banda per a Anna: la que, damunt d'uns clavells vermells, diu "la teua germana no t'oblida".

Título: AMB TINTA DE DONA...
Pseudónimo: Madame Moreau
Autora: EVA M^a MARCOS MARTÍNEZ

L'entrada principal al camp de concentració de Dachau estava presidida per una enorme àguila de bronze que estenia les seues ales, de banda a banda, quasi comprénent la totalitat de la porta. Al passar per davall, Marguerite es va sentir aguaitada com un pardalet vigilat per la imponent au que s'alçava sobre una freda esvàstica. La corresponsal de guerra, esglaiada, va traure una xicoteta llibreta que guardava al seu pantalon de campanya i va gargotejar: 'angoixa', 'por', 'vòmit'... La va tancar.

Als seus vint-i-cinc anys la jove periodista posseïa un sext sentit per a interpretar els sentiments de les víctimes de la guerra i els anotava per a reflectir-los més tard en les seues cròniques. La por davant del brunzit dels bombardejos a Londres o el coratge de dones i homes francesos que, amuntegats en albellons, organitzaven la resistència en París van poblar les seues primeres cròniques de la Segona Guerra Mundial. Eixe olfacte femení, eixa sensibilitat, contagiava la tinta dels seus articles i li atorgaria, anys després, el primer Pulitzer entregat a una dona que escrivia des del front. Però en eixe instant de 1945, a les portes del primer camp de concentració nazi, Marguerite desconeixia la seua importància i el seu futur, i només es preocupava a prendre notes per a narrar la barbàrie als seus lectors.

Les tropes americanes havien aconseguit aquella regió bavaresa alliberant la presó, d'ací que l'editor del 'New York Herald Tribune' l'enviara a cobrir la notícia. Abans d'arribar a Dachau, va entrevistar imberbes soldats que havien vist diversos cadàvers que deambulaven pel lloc arrossegant els seus ossos vestits de pell descolgada. Després d'escoltar els seus testimonis, va escriure: 'Morts en vida sense el repòs de la pau'. Ara ella s'endinsava en el pati central de l'horror, acceptant el repte en compte de fugir. La fatxada de l'edifici principal, una vella factoria de munició, no tenia feror en el seu aspecte. Marguerite va gargotejar novament. 'Trampa'.

Va imaginar a l'immoble rient-se satisfet mentre les seues portes engolien jueus i presos polítics que el camp havia anat devorant entre epidèmies de tifus i forns crematoris. Va respirar profundament al notar que el cor se li agitava i es va ordenar calma a si mateixa.

—Molts d'estos barracots van ser alçats pels propis presos —li anava explicant el capità que l'acompanyava—. I aquell, aquell que veus un poc més enllà, fingia ser un laboratori quan en veritat era un taller d'horror on els nazis jugaven a ser déus.

Marguerite no va contestar. Va escriure 'calaveres', recordant l'emblema que lluïen els membres de les SS en les seues casaques. Oficials que havien sigut entrenats en Dachau i que ara comprenia el perquè. Apessant el pas, els dos van aconseguir una reixa negra on, forjades i capturades entre els barrots, podia llegir-se '*Arbeit Macht Frei*'. La jove va traduir en el seu quadern: 'El treball vos farà lliures'. Podia sentir les mans esquelètiques aferrades al ferro demanant misericòrdia. 'Més de dos-cents mil presos', va continuar escrivint. Els crits d'un cap, que marcava el pas d'un grup d'homes custodiats amb armes, la van distraure. S'encaminaven a un dels edificis secundaris.

Per la seua proximitat a Munic, les forces vencedores havien decidit convertir Dachau en la pròpia presó dels funcionaris de les SS. 'Ironia', va escriure ella. La porta rebia a l'últim dels oficials nazis quan, de sobte, va sorgir un estrany del no-res.

Caminava ajupit, com una mona, avançant sobre els nucs de les seues mans i les palmes. Gemegava com un boig i corria cap a l'edifici després dels presos però, per a quan va arribar, el grup ja havia desaparegut. Va udolar de ràbia i es va quedar en l'escala desconsolat. Marguerite ho va assenyalar i va voler acostar-se però el

capità la va detindre agafant-la del braç: ‘Està boig —li va avisar—. Era un dels presoners del camp. No parla, no menja. Ni tan sols sabem com s’anomena o d’on és. S’amaga i sorgeix de sobte cada vegada que arriba un grup d’alemanys. El coronel està decidint on enviar-ho perquè no acabem disparant-li per error’.

La periodista es va desfer del braç i es va acostar a l’home molt lentament. Els seus gemecs ressonaven com un sanglot desconsolat, tan violent que li agitava tot el seu dèbil cos. Amagava la cara entre les mans, presa d’horror. Marguerite, assentant-se al seu costat, es va presentar i li va preguntar com s’anomenava. Va tardar uns segons a reaccionar però, a l’escollar una veu femenina, es va atrevir a murmurar ‘Lech’. Ella li va agafar amb dolcesa les mans i les va apartar de la seua cara deixant al descobert un ossut rostre d’ulls afonats, tan secs, que ja no podien fabricar llàgrimes. Era impossible quantificar la seua edat, havia envellit de colp.

— Lech és un nom polonès? —li va preguntar en Alemany.

El cap del pobre va assentir.

—Quants anys porta ací?

Estenent la mà, aquell turmentat va mostrar la seua palma oberta.

—Cinc anys —va traduir Marguerite—. Lech, ja és vostè un home lliure. Em comprèn? És lliure! Si li diu als soldats d’on és, li tornaran a sa casa.

—Però ells estan ací. No, no, no, no puc anar-me’n, no puc anar-me’n. No puc abandonar-los! —titubejava nerviós, com parlant per a sí—. He de traure’ls, he de traure a tots, no puc deixar-los ací, no dec, no, no dec. Estaria malament, mal, molt mal...

—Lech, eixos homes —li va interrompre ella— no són els seus companys. Eixos, eixos són alemanys...

—Alemanys, alemanys! No, no, no... No, senyoreta, no. Són persones, sí, humans, sí humans. I Lech salva els homes. Ningú, ni tan sols ells —va afirmar tremolant-li la veu—, ningú hauria de viure amb el terrible dimoni que s’amaga en Dachau. Ningú! —va cridar.

Commoguda, Marguerite ho va veure allunyar-se corrent com si de veres el diable li perseguira i, traient el seu llapis, va apuntar una última paraula al seu quadern.

Pocs dies després, Nova York despertava amb una crònica redactada per una dona des de la derrotada Alemanya; un escrit que, esta vegada, portava per títol ‘Compassió’.

Título: EN PORTADA
Pseudónimo: Bonaventura Bertrán
Autora: PAU MIRET PUIG

Había valido la pena el esfuerzo. Después de tantas semanas de tensión frenética, Elena lloraba emocionada mientras conducía hacia la casa donde vivían sus padres. La sonrisa que brotó en el rostro de su clienta, la única que recordaba haber visto en aquellos meses, había quedado estampada en su memoria. Acababa de conseguir que una mujer volviera a sentirse persona. Esa sonrisa era el verdadero premio. Las llamadas de felicitación de los mejores abogados del país, los flases de las cámaras, el prestigio ganado, el aumento de su caché o los elogios de una parte de la prensa eran halagadores, sin duda, pero desde que el destino la llevó a especializarse en la defensa de mujeres maltratadas se miraba todas las mañanas al espejo más satisfecha de sí misma. Qué orgullosa se sentía ahora de haber dado ese paso en contra de la voluntad de su ex marido – el también abogado Pedro Martín –. A Elena no le importaba perder dinero si con ello conseguía dar un nuevo sentido a su vida. Además, seguía pensando Elena sin dejar de mirar la carretera, las circunstancias le acababan de dar la razón.

Su gran oportunidad profesional llegó el día que recibió la llamada de Patricia Esteban, conocida por ser la mujer de Enrique Ortega, el acaudalado empresario del mundo de la comunicación. La historia que le contó Patricia la conmovió especialmente. Muchas otras veces había oído relatos similares pero nunca hasta ese momento hubiera creído que tanta crueldad pudiera proceder de un hombre aparentemente educado y afable, que gozaba de gran reputación como empresario y mecenas de la cultura. El caso llegó rápidamente a todos los medios de comunicación. Los periódicos y canales de radio y televisión controlados por Enrique Ortega fueron creando una imagen pública de Patricia Esteban que nada tenía que ver con la mujer que Elena conocía. De la noche a la mañana surgieron testimonios y documentos que daban fe de una mujer desequilibrada, adicta al sexo y a las drogas, que pretendía desposeer a su marido de buena parte de la fortuna acumulada tras años de esfuerzos y sacrificios.

Elena desconectó la radio cuando, al punto de las cinco de la tarde, el boletín informativo se abrió con la noticia de la que ella era protagonista. Prefirió escuchar la suite número 2 de Bach en si menor y dejar que sus pensamientos siguieran su curso con libertad.

Una llamada interrumpió el diálogo entre la flauta de William Bennett y el violonchelo de Denis Vigay en la Zarabanda del tercer movimiento.

— ¿Elena Espinosa? Hola, soy Luis, el de la entrevista del *Correo*. ¿Puedes hablar?

— Bueno, estoy conduciendo y el manos libres no se oye bien, ¿qué querías?

— Nada, sólo felicitarte por la sentencia y darte de nuevo las gracias por haber aceptado concedernos la entrevista. Ya sé que hiciste una excepción, que no te gusta la prensa, pero seguro que no te arrepentirás. Precisamente, quería decirte que acabamos de colgar tu entrevista en nuestra versión digital del periódico. Mañana aparecerá en papel. Ocupas un lugar destacado y tu foto saldrá en portada.

— Espero que no me hayáis sacado muy fea.

— Todo lo contrario. Estás genial. Seguro que te gusta.

— Vale, gracias. Mejor te dejo, no me gusta hablar mientras conduzco.

— De acuerdo, muchas gracias por todo y felicidades.

Cuando Elena colgó, acababa de empezar la Polonesa del quinto movimiento. Su ritmo lento pero alegre y la perspectiva de ocupar la atención de los medios durante un tiempo reforzaron su euforia. Se preguntó cómo iba a recibirla su padre pocos minutos después. El padre de Elena nunca vio con buenos ojos que su hija se dedicara a la abogacía. En su opinión, era un mundo demasiado perverso para quien siempre vio como su dulce

niña. Eres demasiado sensible, le decía a menudo, no vas a poder sobrellevar tantas miserias. No le faltaba razón, pensaba Elena, que todavía seguía ocultando ante sus padres las lágrimas de impotencia y su sufrimiento por el dolor ajeno. Sin embargo, satisfacciones como la que acababa de conseguir le suministraban el valor para continuar su misión. Después se acordó de Pedro. ¿Cómo le sentaría ver en la portada del periódico al que seguía suscrito la imagen de su ex mujer? ¿No resultaba una broma del destino que lo que siempre deseó Pedro – dinero y reconocimiento – lo acabara de conseguir aquella que se apartó de él en busca de otros objetivos en la vida?

Elena aparcó el coche frente al piso de sus padres justo cuando concluía la suite de Bach. Tenía muchas ganas de abrazar a su hija, a su madre y a su padre. Quería saber cómo le había ido a la niña en la escuela, qué había comido, cómo se encontraba su madre de la lumbalgia, comprobar que su padre se hubiera tomado su medicación... Quería olvidarse de todo lo vivido las últimas horas y prestar su atención a aquellas cuestiones que no ocuparían portadas de periódicos, pero que hacían que la vida de las personas fuera dichosa o insufrible.

Al entrar en casa, la niña se echó en los brazos de su madre, la besó y volvió a sentarse delante del televisor. Elena se quedó a solas con sus padres. Su madre no le soltaba la mano. Se la veía feliz. Su padre sonreía, pero una casi imperceptible contracción de los músculos de la boca indicaba que algo le inquietaba.

— ¿Ocurre algo, papá? –preguntó Elena.

— Nada, hija, estoy muy contento por ti, pero... me preocupa cómo vas a salir de todo esto... Han llamado de la tele, de la radio y de algunos periódicos... No van a dejarte en paz, Elena. Ya no es sólo que la gente de Enrique Ortega es capaz de inventar mil mentiras de ti y hacerte la vida imposible... Es que... no me fío de nadie... Acabo de ver la portada del *Correo* por Internet. Es... no creo que te guste. Si quieres... está en mi habitación.

Elena siguió a sus padres hasta su dormitorio. No entendía a qué se podía referir su padre. Luis no solo le pareció un buen periodista sino incluso un hombre interesante. La entrevista se le presentó como una buena forma de sensibilizar a la gente sobre la necesidad de poner fin a los maltratos domésticos. En cada una de sus respuestas insistió en ello... A Elena el mundo se le vino encima al ver la pantalla del ordenador:

Entrevista a la bella abogada Elena Sánchez,
la mujer que con sus encantos ha seducido al juez
“Los hombres no me interesan”

Junto a estas palabras que Elena recordaba haber pronunciado entre bromas tras la entrevista, una fotografía mostraba una imagen de una mujer frívola y sensual. La fotografía había sido claramente retocada: los labios, el pecho, el escote, los pendientes, y la mirada no eran de Elena. Aquella era otra mujer, aquella era otra lucha.

Título: LA PREGUNTA
Pseudónimo: Mishkin
Autor: JORGE MOLINER ORTIZ

Hacerse preguntas constantemente resulta interesante, enriquecedor, es signo de inconformismo y una motivación para mirar más allá de las cosas; significa no fiarse de las apariencias. Lo es incluso cuando no hallamos respuesta a esas preguntas. Esto, en el mayor de los casos, da lo mismo; es como el caso del burro aquel, que persigue la zanahoria que levita mágicamente a un palmo de su hocico y no logra alcanzarla. El burro está hambriento, y, aunque quizá ande parsimonioso, seguirá avanzando tras ella.

Más problemático resulta cuando lo que te falta no es la respuesta, sino la pregunta. De un tiempo a esta parte me hallo sumida en un estado que roza la desesperación; siento una inquietud desconcertante, oscura, o totalmente blanca si se prefiere. Me ocurre al despertar. ¿Qué será? Y sigue ahí al acostarme. ¿Por qué? Es una inquietud indefinida e inexpresiva. Es una sombra que aletea a mi alrededor. No sé lo que es, ni de dónde viene ni su porqué. No tengo la respuesta porque no hay pregunta. O mejor dicho, la pregunta sería la siguiente: ¿cuál es la pregunta que no me está dejando vivir tranquila?

El caso es que soy afortunada. Trabajo como modelo, viajo mucho, cualquier cosa que necesite me lo sirven en bandeja de plata, y por supuesto gano bastante dinero. Soy de esas que aparecen en las revistas de moda que tanto abundan en las peluquerías, elegantemente vestida unas veces, en otras elegantemente desvestida. También he participado en numerosas promociones publicitarias. Mi rostro ha servido para mostrar las excelencias de cremas hidratantes y rejuvenecedoras; mi boca para hacer las veces de lienzo sobre el cual las barras de labios han plasmado sus más variopintos colores y texturas; mis mejillas han soportado estoicamente el envite de coloretos mil; mi pelo ha servido para exhibir milagrosos acondicionadores y champús capaces de desenredar los rizos más indomables, incluso para el diseño de peinados. Aparezco en las cajas de una marca de colonia cuya fragancia es “embriagadora e irresistible”. Estoy en la cima de mi carrera. En definitiva, que estoy por todas partes.

Ahora tengo veinticuatro años, y mucha gente me dice que darían todo por triunfar y ser como yo. Querrían gozar de mi fama y privilegios. Mi agente me dijo una vez que mis logros eran muchos y muy meritorios, más aún teniendo en cuenta mi juventud. “Tienes la cabeza muy bien amueblada” suele repetir. Muchos son los que ponen sus ojos en mí. Llevo cinco años en esto y aún me sorprende que muchas chicas que no me conocen – muchas de ellas menores – me digan que les sirvo como ejemplo de mujer preparada e inteligente. ¿Realmente influyo en esta gente?, ¿y hasta qué punto? Debería fijarme en mí y en cuál fue mi modelo a seguir.

Anoche, mientras esperaba un taxi en el portal del Hotel Urbem, cerca del Paseo de la Alameda – cuya factura pagará la agencia –, vi a un grupo de chicas – seis o siete – que esperaban en la parada del autobús. Llovía copiosamente, y se arrebujaban como podían bajo la marquesina, encogidas y abrazándose a sí mismas tratando de entrar en calor.

Un póster publicitario – a escala real – decoraba la cristalera de la marquesina. En él un cuerpo pálido y estirado predecía una tendencia veraniega hacia el bikini monocolor. Era mi cuerpo, mi cabello rubio mojado, pegado a mis hombros desnudos y a mi espalda. Eran mis costillas relucientes y mis pómulos afilados.

Aquella foto me la habían tomado en una sesión que hice en Londres hace dos semanas para una marca de ropa juvenil. A decir verdad me habían pagado una barbaridad por el trabajo y no habían perdido el tiempo en distribuirla. ¿Estaría también repartida por las calles de Londres? ¿Y por otras ciudades? Me di cuenta de que realmente no controlo prácticamente nada de lo que hago. No soy consciente de la influencia de mis actos, ni a quién ni hasta dónde se extienden las posibles repercusiones. Una foto mía tomada en Londres se veía en Valencia a los pocos días. Yo no sabía del destino de todas y cada una de mis fotos, de mis apariciones en la tele; mis anuncios quizá se vieran en lugares tan lejanos como Tokyo, Amsterdam, Buenos Aires, Nueva York. ¿A quién iba dirigido todo aquello?

Una de las chicas hizo un comentario respecto al anuncio: “Nosotras aquí, pasando frío, y ella tan mona y ligerita de ropa”. Rieron, o tiritaron, no lo sé. Todas tenían la misma figura, estilizadas y espigadas como espárragos silvestres que hubieran crecido espontáneamente en la cuneta – habían sido cortadas por un mismo patrón –, excepto una más rolliza, que después de sonreírse junto con sus amigas aún le echó un último vistazo con disimulo al póster.

Tras el grupo y la marquesina se veía el escaparate de una tienda de juguetes y de regalos para comuniones; unos grandes letreros de colores llamativos rezaban el siguiente eslogan: “PARA LA MÁS GUAPA”. Será que seguramente las feas no son merecedoras del regalo bonito. Cuando era pequeña – en el colegio –, yo no era como ahora, y las compañeras me insultaban y se mofaban por mi fealdad. Recuerdo – y nunca podré olvidarlo – el día en que me presenté toda emocionada con mi primer carnet de identidad – lo había cogido a hurtadillas del cajón de mi madre – y ellas me lo quitaron de un zarpazo. Donde ponía “fecha de nacimiento” tacharon con cinta correctora la c y la h, con lo cual me quedé en “fe__a de nacimiento”.

Entonces llegó el taxi haciendo sonar el claxon. Noté cierta envidia en las miradas de las chicas de la parada del autobús, aunque creo que no me reconocieron. Al subir en el asiento trasero los ojos grises del taxista reflejados en el retrovisor se clavaron en mí y me hizo la pregunta: “¿A dónde va señorita?”

Caí en la cuenta de que esa era la pregunta que desde hacía tiempo no me dejaba tranquila. La pregunta que esperaba algún día acudiera a mi cabeza para poder, cuando menos, tratar de responderla. Fue como una revelación, y quizá también como una liberación. Al fin tenía pregunta. ¿A dónde voy?

Título: **LA LUNA DE SUDÁN**
Pseudónimo: Mediterránea
Autora: **ROCÍO RUBIO GARRIDO**

Lubna. Tu nombre tiene resonancias cósmicas, de un femenino esotérico y lunar. Lubna sudanesa. ¿Cómo es la noche en el desierto africano? ¿Alguna vez se suicidaron las estrellas? ¿De qué textura son las aguas del Nilo cuando se hace blanco? Nunca nos conoceremos, pero sentí tu historia la primera vez que te asomaste a los titulares de los periódicos. Tu silueta de mujer segura y rotunda, caminando por una calle sin asfaltar, polvorienta, mirando sin pestañear a cámara. Y justo encima de tu figura la palabra hostil: condenada. Fatal tetrasilabo que te ponía en un disparadero surrealista, como una broma macabra contra los derechos humanos. ¿Condenada por qué? ¿Para qué? El subtítular terminaba de perfilar las claves de tu caso: condenada a cuarenta latigazos por vestir pantalones.

Volví a estudiar la instantánea a tres columnas que me ofrecía el periódico. Llevabas unos pantalones color verde caqui, rectos, muy parecidos a otros que guardo en el fondo del armario, y que me dejé de poner cuando la moda los relegó al ostracismo de lo arcaico hace ya algunas temporadas. Unos pantalones, en principio insípidos, que pasarían desapercibidos en cualquier sitio, se convertían en protagonistas de un juicio kafkiano. Los pantalones, tus pantalones, se volvían a poner de moda, y no porque los reciclara ningún diseñador de los que desfilan en las pasarelas parisenses. Los tuyos recorrieron otra pasarela mucho más siniestra: la que te llevó a juicio. Allí resonaban palabras de ecos medievales: honor, indecencia, código de conducta, indumentaria provocadora. ¿Estaba Kafka escondido detrás de alguna banca del tribunal? ¿Quién dictaba el argumento de tan surrealista juicio? La amenaza de la sentencia contrastaba con la templanza y serenidad que proyectaban tus ojos. También Samuel Beckett podría haberse inspirado en tu historia para hacer otra obra existencialista. O Ionesco, que puesto a escribir sobre una cantante calva, podría haberlo hecho sobre una tal periodista sudanesa. El absurdo literario, que triunfara a principios del pasado siglo, revivía en tu persona. Solo que, en lugar de pertenecer a la ficción literaria, cobrabas vida en el papel impreso, en la omnipresente página de Internet, en la ventana audiovisual que me llevaba tu imagen a casa, estando a miles de kilómetros. Lubna. Luna africana, brillante y redonda desde tu Sudán natal.

Pero ni tú eras un trasunto kafkiano de Gregorio Samsa, ni te disponías a inaugurar otra corriente que entroncara con la literatura vanguardista. Aunque tu historia reunía méritos para sobrepasar el más delirante dadaísmo. Tampoco eran manzanas precisamente lo que amenazaban con tirarte a las espaldas, como el malogrado protagonista de *La Metamorfosis*.

¿Qué habrían pensado de todo esto tus antepasadas nubias? Tanto esplendor piramidal, tanta grandeza milenaria para terminar confeccionando un código arbitrario. Si se enteraran tus antepasadas nubias, si sospecharan el sufrimiento por el que pasáis vosotras, descendientes y hermanas, se desangrarían en llanto las cuentas de sus collares, volverían, allá donde estuvieran, a demostrar que una vez se alzó el rostro femenino sobre el esplendor de un imperio. Pero aún hoy la letra arcaica se empeña en seguir emborronando papeles que dicen recoger leyes, que dicen inspirarse en códigos, que dicen obedecer a creencias.

Tú, Lubna, has querido empuñar la pluma de los derechos humanos y escribir sobre un papel nuevo, con letra firme y limpia. Tu voz que se hace universal y traspasa desiertos, ciudades polvorientas, mares y foros internacionales. A quienes no confiaron en la fuerza de la palabra les demostraste que se podía vencer sobre una sentencia carente de argumentos. Hasta lograr invertir los titulares de los periódicos y volver a aparecer, esta vez libre, enérgica en la defensa de los derechos de las mujeres.

No conozco tu país, pero sé que la luna de Sudán es negra. Y a veces, cuando se siente inspirada y le apetece, sale a pasear por el firmamento enfundada en pantalones.

Título: **EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA**
Pseudónimo: Amalia Cansino
Autora: IRENE SANCHÍS SALA

Lola se tira en el sofá agarra el mando y selecciona “Cine de Mujeres” en el videoclub. Tiene a mano un café y la prensa. Se arrebujaba dispuesta a ver “La lección de tango” de Sally Potter. Sally, la protagonista de la película, no por casualidad, se llama como la directora: es su alter ego. Una mujer de cincuenta años escribe el guión de la película que dirige y protagoniza. Lola siente el tirón de esas primeras imágenes en blanco y negro donde se la ve enzarzada en la escritura de un guión que le ha sido impuesto y con el que no se siente cómoda. Sally se debate entre la presión de la industria y la de su propio proceso creativo. Lola, que es guionista también y sufre las coacciones del oficio, reconoce su espíritu inquieto, su coraje al enfrentarse a la industria de Hollywood.

Potter entiende el mundo desde la ambigüedad. Una ambigüedad consciente de que lo contrario de la igualdad no es la diferencia sino la desigualdad; de la imposibilidad de ver el género como una identidad que trasciende la clase social, la etnia, la situación transnacional. Porque Sally es diferente, pero ha superado la desigualdad. Pocas mujeres alcanzan ese logro. Aunque su película no fuera un éxito de taquilla y algunas teóricas del feminismo la criticaran, en un mundo de imágenes y mensajes mediáticos en que los roles son cada vez más confusos, la autora-protagonista de la película lanza un claro mensaje: las mujeres podemos proyectar imágenes de nosotras mismas fuera del lenguaje masoquista, pasivo y uniforme que nos imponen los medios. ¡Ni putas ni sumisas! -piensa Lola.

Mientras, Magda trabaja en la redacción de la revista digital “Ciudad de las Mujeres”. Anda buscando en su servidor de Internet imágenes del último desastre ecológico: una plataforma petrolífera ha estallado en el Golfo de México provocando un vertido de consecuencias impredecibles. Mira en la página de la Agencia Songtan, una red global de mujeres fotógrafas. No tarda en encontrar lo que buscaba. Se pone en contacto con media docena de ellas y espera. Esa misma tarde recibe las primeras imágenes vía mail. No son fotografías impactantes. Retratan lo más esencial, lo más cercano y a la vez dan cuenta de la magnitud del desastre. Se acuerda de su amiga Paca Salgado muerta en Colombia; de sus retratos de mujeres de narcos que protagonizaron un intento desesperado de frenar la violencia de sus compañeros y defender la vida de sus hijos. Violencia que acabó con la vida de Paca que cubría la noticia. En septiembre de 2006 cerca de 100 esposas de pandilleros y sicarios de la ciudad de Pereira, azuzadas por el Alcalde, emprendieron una “huelga de piernas cruzadas”, como presión sexual hacia sus parejas para que abandonaran la delincuencia. La noticia se extendió cual reguero de pólvora por todos los medios. Los comentarios que suscitaron aquellas mujeres fueron terriblemente machistas. Paca percibió la trampa y decidió acercarse a sus vidas, conocer los motivos de su dudosa posición, junto al Alcalde, de primera mano. Sospechaba de él: ¿ingenuidad o cinismo? Hoy, cuatro años después, su recuerdo está especialmente presente ya que Pereira es de nuevo noticia:

“Pereira (Colombia). 420.000 habitantes. Muchas niñas, adolescentes y mujeres viven de la prostitución. Ellas y sus familias. Esta historia cuenta cómo el precio de la carne, y de la vida, se convierte en un motor económico de la ciudad. Sólo unos ‘ángeles’ con rostro de ONG las pueden sacar del infierno”.

El reportaje muestra algunas imágenes tomadas por Paca hace cuatro años. Magda busca en el móvil el número de Lola y lo marca.

Título: DE MEDIO A MEDIO...
Pseudónimo: Miss Gil
Autora: MARÍA DE LOS ÁNGELES SANMIGUEL GIL

“Mujeres sujeto u objeto en los medios de comunicación”. Tal vez ni sujeto y, desde luego, jamás objeto; simple y llanamente complemento circunstancial. Aun siendo que las mujeres comunican y trabajan con igual eficacia -claro está cuando se es eficaz- en comparación con los demás integrantes del cuarto poder; osamos apuntar que utilizan una versatilidad de acoplamiento a requerimientos diversos indiscutiblemente asombrosa. En lo redaccional no desestiman la sazón que otorga el concepto de entretenimiento y actuando en labores puramente mecánicas son impactantes haciendo florecer de la más tediosa monotonía el color. Una profesional válida, en este sector, suele atesorar una paciencia inusual.

Rosario no había estudiado periodismo; en su época el sexo femenino ni soñaba con la paridad laboral. Era joven de un notorio atractivo físico aderezado con dinámico don de gentes facilitadores ambos de un efecto dominó que le permitió el acceso a actos sociales y culturales. Todo empezó con su entrevista a la Faraona -Lola Flores. Aquella emoción y después la satisfacción de ver su trabajo impreso aún la estremecen.

Su muy patente y atrayente calidad femenina -de forma mágica e inescrutable para un entendimiento lógico- le abrió puertas; o mejor apuntar -ahora que el tiempo da la perspectiva ajustada- se las entreabrió. Gustaba de iniciar los trabajos completamente convencida de que, fueran de la temática que fuesen: gastronómicos, sociales, culturales, de ocio o económicos; le servirían de cimentación para solidificarse en el mundo de la información. Craso error. Luchó año tras año como legendaria amazona por conseguir valoración, dándolo todo en aquellas pequeñas reseñas o adelgazadas crónicas; siendo sumamente feliz al redactarlas y más aún al verlas sacadas a la luz en revistas, periódicos o simplemente guías de ocio. El tiempo y la veteranía no consiguieron derrumbar la inamovible muralla del no reconocimiento redaccional ante los responsables posicionados del sector. Gestionó para conseguir su acreditación pero los esfuerzos se diluían en una “nada” arropada por la fría e impersonal catalogación de textos comerciales ya que cuanto conseguía publicar inexorablemente debía ir ligado a la obligada venta del espacio. Ella, Rosario, sin perder un ápice de ilusión por su pasión, continuó durante varios lustros rozando el universo de ese su mundo admirado perteneciendo a él, pero sin ser suya. Era: “la otra”. Creatividad, iniciativa y proyectos se vieron truncados por el hecho de hacer algo que no se calificaba como substancial por la clase alta mediática. Entre sus encargos anecdóticos no olvida el realizado para la dirección de una publicación local de escasisísima tirada en el que debía emplearse en materializar el publitreportajes sobre un local de topless. Sus jefes habían sabiamente pensado ¿quién mejor que ella?, quedaremos correctamente y nos saldrá barato al ser comisionista; además, si renueva el contrato de publicidad ganamos por partida doble. A las diez y cuarto de la noche y tras toda una tarde de nervios e inseguridades terminó de arreglarse a la par que mordisqueaba una crujiente tostada de pan de molde untada con sobrasada.

Ante el local -fachada camuflada elegantemente entre el resto de portales de la manzana- sacó su pequeño bloc de notas y apuntó cuantos detalles veía. Con decisión golpeó la lacada puerta negra asiendo un retorcido aldabón; entonces, un camarero vestido con camisa impecablemente planchada, pajarita granate y pantalón gris la invitó a entrar. El establecimiento estaba regentado por una mujer de belleza sensual y explosiva que derrochaba maestría en el trato tanto con el público asiduo como con las visitas de otra índole -un goteo de registros que nunca desembocaban en sanciones o llamadas al orden- aquel negocio parecía poseer una singular patente de curso ante revisiones y normativas. Tras indagaciones, descubriría que el propietario era un nombre aquilatado en las altas esferas institucionales -otro dato a engrosar al tesoro oculto de sus muchas pesquisas. Ya en el gran salón central -estancia cruzada de extremo a extremo por una sólida barra de bar de madera noble- observó a los reunidos: siluetas difuminadas bajo la iluminación sabiamente regulada. Varias chicas con los torsos

desnudos conversaban con los clientes de forma intimista. Nadie le prestó atención por lo que acercándose al barman que agitaba la coctelera tras la barra preguntó por el responsable del local. Asomada entre pesados cortinajes, la escultural gerente le sonrió. Rosario se identificó y aquella mujer, seguidamente, empezó a mostrarle los privados mientras tomaban una copa. ¿Qué era aquello?, ¿qué pasaba?, ¿por qué tanta cordialidad, sólo era una visita de trámite? Algo empezó a hacerle sentir acorralada pero era su deber y ¡ante todo está el deber! Pasada una hora -más o menos- zafándose de agarrones de manos y caricias en las mejillas, esgrimió un tajante adiós emboscado tras una mentira. Dándole un escueto apretón de manos a su anfitriona abandonó el local; erguido el porte y sin mirar en derredor. Llovía. Fue como salir de un túnel. De tal experiencia nació el perfecto artículo redactado con rebosante política comercial y lo suficientemente cercano como para gustar al público.

Hoy en día Rosario mantiene candente su ímpetu por ir hacia adelante -¡siempre adelante! Sabe bien que hay otras mujeres en puestos técnicos ofertando igual valía y rapidez de aplicación; mujeres que rezuman vida y la implantan en fríos comunicados de prensa o en rutinarias órdenes publicitarias. Mujeres que alternan vivencias propias con el mecanismo golpeador del día a día; maquetando, puliendo las artes finales con el photoshop, encartando, gestionando promociones o como extrovertidas comerciales. Su nervio de conquista se ha serenado. Ha descubierto cuál es su puesto. Ser complemento circunstancial también es importante -se dice-¿qué sería de cualquier mensaje sin un apuntalamiento de envergadura, ese ingrediente que dimensiona el dato? Ha comulgado con el hecho fehaciente de que es la señora del señor “Medios de Comunicación”.

Título: SOL
Pseudónimo: Jazz
Autor: ERNESTO TUBÍA LANDERAS

Cada día al llegar al edificio de la cadena televisiva para la que trabajaba, Soledad sonreía al portero, al ascensorista, al guionista que le entregaba el guión con las noticias acaecidas hasta ese preciso momento, al encargado del sonido, al redactor. Hasta que con la huella de esa sincera sonrisa forzando sus facciones, se sentaba sobre la butaca del vestuario. Entonces y, como si su gesto hubiera sido el disparo de salida de una alocada carrera, peluqueros, maquilladores y estilistas, comenzaban a girar alrededor de ella, como si fueran respetuosos planetas, orbitando alrededor de su dios Sol.

Como por arte de magia, perpetrada por sus píos acólitos, las arrugas de sus ojos desaparecían, al igual que todas las pequeñas imperfecciones de su rostro. Los surcos que había logrado acumular a lo largo de los años, a base de sonrisas y lágrimas, de muecas de alegría y tristeza, iban desapareciendo bajo la nueva piel de Sol, de aquella Sol que cada día comenzaba usurpando su rostro, en una conquista que finalizaba con la invasión de todo su cuerpo.

Sentada, inmóvil, viendo cómo el rostro de Soledad iba tornándose en el de Sol en el reflejo del espejo, sentía el calor de las planchas que le alisaban su habitual cabello encrespado, la dureza de los dedos que cubrían de maquillaje sus patas de gallo, el trazo fino y delicado con el que sus labios, adquirían un llamativo tono cobrizo. Pasados unos minutos, nada en su rostro recordaba a la amable y discreta Soledad que había llegado al edificio saludando a todos quienes salían a su paso. Por detrás de aquella bella fachada que era la faz de Sol, Soledad aún lograba aferrarse al balcón de la mirada de un rostro que ya no le pertenecía.

Vestida con un pantalón de lino y una vaporosa blusa blanca, Sol salía del vestuario y tras pasar con pose altivo, sabiéndose seguida por miradas lascivas de hombres y contrariadas de mujeres, se sentaba tras la mesa frente a los focos, en el preciso momento en que Julián, su compañero de noticiario, tomaba asiento a su lado, permitiéndose rozarle el brazo con los nudillos. Un gesto que no por habitual resultaba menos molesto y, que sin embargo, Sol respondía con indiferencia, cuando no con una sonrisa que a Soledad, desde su interior, se le antojaba estúpida.

Antes de que los anuncios televisivos dieran paso al noticiario, el realizador se acercaba a Sol y se sentaba sobre la mesa a su lado. Con aire distraído le relataba los pormenores de los últimos índices de audiencia, le explicaba la dura competencia surgida desde la creación de las nuevas cadenas privadas, le exponía la necesidad de aportar un plus que pusiera su noticiario de nuevo, a la cabeza de los telediarios de emisión nocturna. Sol, asentía a todas y cada una de las afirmaciones de su jefe, sin en realidad comprender cual podía ser su papel en tal cometido, más allá de la ficticia naturalidad e impresa belleza que aportaba tras la mesa, a cambio de la frescura y amabilidad de Soledad, secuestrada en su propio cuerpo. Antes de regresar tras las cámaras, el realizador con un movimiento lento pero preciso y, con la suficiente discreción para no resultar punible a ojos de los demás, alargó la mano y liberó un botón más de la blusa de Sol. Las solapas de la blusa, liberadas, se apartaron con timidez mostrando más busto del que Sol tenía pensado y, mucho más del que Soledad jamás hubiera permitido. Sol asintió una vez más el gesto del realizador e imitó la sonrisa que él le mostraba.

Los focos se encendieron instantes después, la cabecera musical del informativo precedió un primer plano de Sol, con los bordes ribeteados de su sostén, jugando al “veo, no veo” tras el pliegue del escote. Sol, con una amplia sonrisa, que no lograba empero desviar la vista de los espectadores, informaba con inusitada alegría la nueva medida del gobierno central. Una medida que controlaría de forma estricta, el uso sexista de la imagen de la mujer en los anuncios de vehículos y del que la presentadora se congratulaba, al considerarlo un paso más en la lucha del trato igualitario de la mujer para con el hombre.

Por detrás de la noticia, de la blusa indiscreta y de la alegría de Sol, Soledad lloraba lágrimas de frustración y derrota. Tan sólo esperaba que el noticiario finalizara, que Sol se desprendiera de ella entre toallas desmaquilladoras, un vaquero y una camiseta. Entonces, siendo de nuevo Soledad, abandonaría el estudio, el edificio, despidiéndose de todos al salir. Sintióse mujer, sintióse de nuevo ella misma.



AJUNTAMENT DE VALÈNCIA
ÀREA DE PROGRÉS HUMÀ
REGIDORIA DE BENESTAR SOCIAL I INTEGRACIÓ
SECCIÓ DE LES DONES I IGUALTAT

PLA **miq** Pla Municipal per a la
Igualtat d'Oportunitats
entre Dones i Hòmens

C/ Amadeo de Saboya, 11 - 46010 - VALENCIA
T: 96 208 26 39 - E: pmujer@valencia.es
www.valencia.es/donesigualtat

cmio

Centro Municipal de Información y  Orientación a la Mujer

Gobernador Viejo, 14 - 46003 - VALENCIA
Tel.: 96 328 72 58 - Fax: 96 328 72 28
E: cmio@valencia.es



www.valencia.es/bienestarsocial
[bienestarsocial](http://bienestarsocial.valencia.es)



AJUNTAMENT DE VALÈNCIA

ÀREA DE PROGRÉS HUMÀ
REGIDORIA DE BENESTAR SOCIAL I INTEGRACIÓ
SECCIÓ DE LES DONES I IGUALTAT

PLA **miq**  Pla Municipal per a la
Igualtat d'Oportunitats
entre Dones i Hòmens

C/ Amadeo de Saboya, 11 - 46010 - VALENCIA
T: 96 208 26 39 - E: pmujer@valencia.es
www.valencia.es/donesiigualtat

cmio 

Centro Municipal de Información y  Orientación a la Mujer

Gobernador Viejo, 14 - 46003 - VALENCIA
Tel.: 96 328 72 58 - Fax: 96 328 72 28
E: cmio@valencia.es



www.valencia.es/bienestarsocial
bienestarsocial

